

Kamchatka

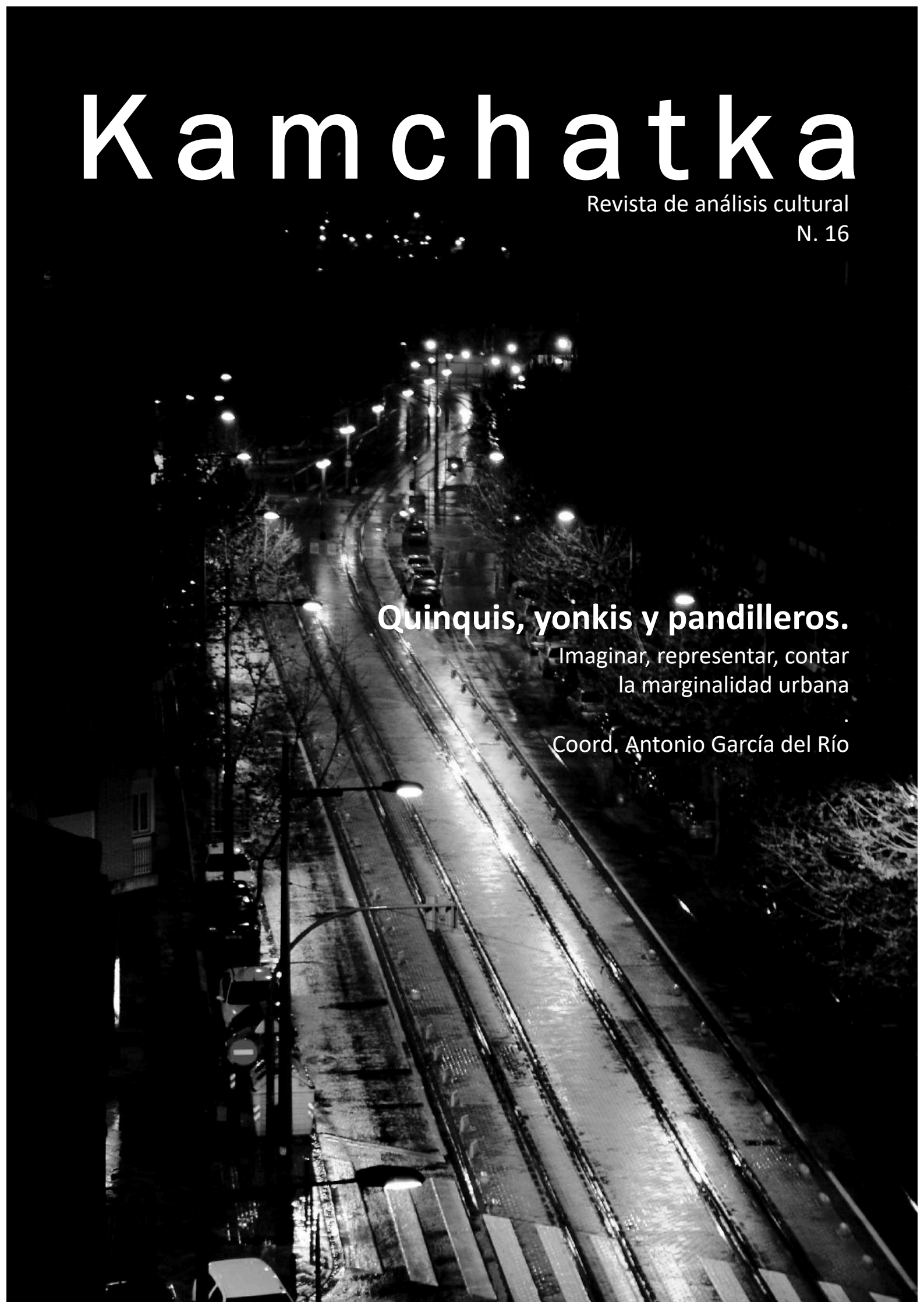
Revista de análisis cultural

N. 16

Quinquis, yonkis y pandilleros.

Imaginar, representar, contar
la marginalidad urbana

Coord. Antonio García del Río



QUINQUIS, YONKIS Y PANDILLEROS. IMAGINAR, REPRESENTAR, CONTAR LA MARGINALIDAD URBANA

KAMCHATKA. REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL 16 (2020)

Monográfico coordinado por ANTONIO GARCÍA DEL RÍO

ANTONIO GARCÍA DEL RÍO. Quinquis, yonkis y pandilleros. Imaginar, representar, contar la marginalidad urbana.

I. MUNDOS, MITOS E HISTORIAS QUINQUIS

GERMÁN LABRADOR MÉNDEZ. El mito quinqui. Memoria y represión de las culturas juveniles en la transición postfranquista.

PAULA PÉREZ-RODRÍGUEZ. Historia conceptual del quinqui. Pluriempleo, policía, prensa y mito.

SOFÍA NICOLÁS DÍAZ. Sobre rap, trap y calle: imágenes y fenómenos.

ANTONIO GARCÍA DEL RÍO. De vagos y maleantes, bandidos y censores: la contraimagen del quinqui durante el franquismo en obras de Rodríguez Méndez.

II. CONTEXTOS PARA UNA NUEVA HISTORIA CULTURAL

ANTONIO ORIHUELA. ¡Más chutes no! La heroína, entre arma de la democracia y vehículo heroico.

CARMEN MEDINA PUERTA. “Construir la poesía como una enfermedad de la piel”: la representación del VIH/SIDA en la España democrática.

ALEJANDRO CIVANTOS URRUTIA. ¡Quita esa gorra de obrero! Desproletarización editorial en la Transición española.

III. OTRAS MARGINALIDADES EN CONTEXTOS LATINOAMERICANOS

MARIEL BUFARINI. Percibir y resistir los estigmas. Un estudio sobre la cotidianeidad de personas en situación de calle.

JUAN FERNANDO PAVEZ PÉREZ, MARÍA JOSÉ REYES ANDREANI, FRANCISCO JEANNERET, MARÍA ANGÉLICA CRUZ, CÉSAR CASTILLO, JUAN JEANNERET, MANUELA BADILLA, CENTRO DE INTERPRETACIÓN FISURA FISURA. Murales y políticas de memoria en un "barrio crítico" de Santiago de Chile.

ANEXO AL MONOGRÁFICO. TEXTOS DE HOMENAJE.

RESISTIR A LES PALPENTES / RESISTIR A TIENTAS. Poemas de Antonio García del Río.

SEMBLANZA DE TONY Y CUADERNO DE VOCES.

Imagen de portada:
fotografía de Antonio García del Río.



¡QUITA ESA GORRA DE OBRERO!

DESPROLETARIZACIÓN EDITORIAL EN LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA

Put away that working class cap!

Watering down proletarian publishing in the Spanish Transition

ALEJANDRO CIVANTOS URRUTIA

UNIVERSIDAD DE GRANADA (ESPAÑA)

a.civantos.u@hotmail.com <http://orcid.org/0000-0002-8766-8374>

RECIBIDO: 21 DE ENERO DE 2020

ACEPTADO: 09 DE SEPTIEMBRE DE 2020

RESUMEN: Las publicaciones e iniciativas editoriales que pretendieron reconstruir la identidad de clase del movimiento obrero y, a la vez, la construcción de una alternativa crítica a la cultura del neoliberalismo, fueron sometidas, durante la Transición en España, a un doble proceso de apropiación y despersonalización. El presente artículo indaga en la importancia que tuvo el discurso proletario en la configuración de la contracultura española en los años del tardofranquismo y hasta en la crisis misma del régimen, y describe sus manifestaciones más importantes en el ámbito editorial. Asimismo, analiza las claves que permitieron la absorción de dicho discurso por parte del reformismo democrático y su reformulación en productos culturales menos ideologizados con objeto de integrarse mejor en el marco de las sociedades industrializadas occidentales.

PALABRAS CLAVE: Transición, cultura obrera, anticapitalismo, editoriales, contracultura.

ABSTRACT: During the transitional period from dictatorship to democracy in Spain, the publications and publishers' initiatives that sought to rebuild the class identity of the labour movement while also trying to create an alternative critical of Neo-liberal doctrines of the time, were subjected to a double process of appropriation and depersonalization. This article examines the importance that the proletarian discourse had in configuring the Spanish counter-culture and even in bringing about the very crisis of Franco's regime during the late years of his government; and it describes the most important expressions of this in the publishing sector. The paper also analyses the key elements that allowed the 'democratic reformists' to absorb such discourse, and to reformulate it as a cultural product less ideologically charged, in order to better align with the attitude of western industrial societies.

KEYWORDS: Transition, working-class culture, anti-capitalism, publishing houses, counterculture.

Civantos Urrutia, Alejandro.

“¡Quita esa gorra de obrero! Desproletarización editorial en la Transición española”.

Kamchatka. Revista de análisis cultural 16 (Diciembre 2020): 191-213.

DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.16.16543> ISSN: 2340-1869

INTRODUCCIÓN

Eres tonto Simón
y no tienes elección,
de tu cráneo rapao al cero
quita esa gorra de obrero
y sorteas la cuestión, Simón.

Radio Futura, "El tonto Simón"
(*De un país en llamas*, 1985)

Como subrayaba Fontana en su teoría de la historia, con frecuencia el pasado se reconstruye como una genealogía naturalizadora del presente para lo cual hay que seleccionar, ordenar y desechar los acontecimientos pretéritos con objeto de ajustarlos a ese relato (Fontana, 1982). Y ello parece haber sido especialmente cierto en el caso de la Transición española, en tanto en cuanto su sublimación durante décadas como modelo de desmontaje pacífico de una dictadura no hacía sino legitimar las deficiencias de la democracia española. Con la salvedad del pionero libro de Gregorio Morán *El precio de la Transición* (1991), no ha sido hasta fechas relativamente recientes cuando se ha empezado a realizar un análisis crítico más contrastado de aquel proceso y de sus mecanismos, tanto políticos, con textos como *El mito de la transición* (2008) de Ferrán Gallego o *Por qué fracasó la democracia en España* (2015) de Emmanuel Rodríguez; ideológicos con *El PCE y en PSOE en (la) transición* (2012) de Juan Andrade Blanco, y culturales con *El mono del desencanto* (1998) de Teresa Vilarós o *Culpables por la literatura* (2017) de Germán Labrador; como en cuestiones habitualmente preteridas o sorteadas, como la violencia que acompañó y condicionó el proceso (*La transición sangrienta*, 2010, de Mariano Sánchez Soler), el movimiento sindical (*Asalto a la fábrica*, 2002, coordinado por Francisco Quintana) o la ruptura con el pasado republicano (*Políticas de la memoria y memorias de la política*, 2008, de Paloma Aguilar).

Estas últimas investigaciones apuntan a una visión menos complaciente de un proceso transicional que no sólo fue capaz de construir de manera inmediata su relato histórico sino también un modelo cultural propio (Martínez, 2012). En ese sentido, el valioso libro de Giulia Quaggio *La cultura en transición* (2014) radiografía los procedimientos que permitieron adaptar a España el modelo de Estado Cultural de la Francia gaullista teorizado por Fumaroli, según el cual la política cultural contribuye a hacer más efectivo el orden social que se pretende promover, erigiéndose en árbitro del gusto e inoculando subrepticamente la ideología de la clase dominante (Fumaroli, 2007). Quizá no pudo hacerse de otra manera, bien para contrarrestar o bien para promover recambios o meras reformas a la cultura de Estado nacional-católica de los cuarenta años precedentes. Desde luego el debate es complejo y no es mi intención alimentarlo, pero sí resultaría interesante conocer si hubo alternativas a esa ideología cultural de Estado que acabó produciéndose durante la Transición y, si las hubo, desde qué posiciones y qué sucedió con ellas. Pero ello no sólo en el sentido de recuperar discursos marginados por la historia con objeto de emprender un análisis que no sea mera genealogía del poder (Guha, 2002: 19-20), sino porque lo que han venido a destacar los estudios antes mencionados es que las movilizaciones sociales que impidieron con su acción la continuidad del régimen franquista no coincidían en modo alguno con el modelo de Estado que acabó formulándose. O, de otra manera: que las huelgas, los movimientos vecinales o asamblearios, los movimientos altermundistas, feministas o ecológicos

que protagonizaron la Transición no abanderaban el “consenso” o la “concertación” sino más bien la ruptura, procesos democráticos de base o autogestionarios que fueron luego de algún modo arrinconados dando lugar a una suerte de usurpación de la representatividad social.

Desde esa perspectiva, el aún no demasiado frecuentado mundo editorial de la Transición aparece como un privilegiado campo de estudio de ese proceso en la medida en que puede observarse de manera paradigmática la gran cantidad de propuestas editoriales de corte radical y contestatario que surgieron entonces y cómo este tipo de publicaciones, que resultaron esenciales para amortajar la dictadura, fueron luego rápidamente eludidas en la construcción del nuevo ideario democrático. Así, los planteamientos ideológicos de clase, la representatividad obrera y los discursos de contenido proletario fueron apropiados para neutralizar la continuidad del régimen pero carecieron del respaldo necesario para promover la ruptura. Como han querido ver algunos teóricos, eso fue así porque, en gran medida, “la Transición fue un proceso de desmovilización social”, además de “un tratado de cómo escamotear la política a la sociedad” (Morán, 1992: 161 y 13), pero es posible que también hubiera algo de estrategia en aquel procedimiento mediante el cual las propuestas culturales de la sociedad civil del momento con mayor carga de conflictividad ideológica fueron primero asimiladas y luego vaciadas de sentido por aquella parte de la izquierda que, durante el proceso transicional, experimentó una mayor desideologización para reconvertirse al pragmatismo tecnocrático que acabó por llevarla a la Moncloa (Andrade, 2012: 33).

En las páginas que siguen se intentará problematizar, en primer lugar, el concepto de cultura o culturas obreras dentro del marco general de la contracultura del momento y la importancia que llegaron a tener en los años finales del franquismo y primeros de la democracia para analizar, a continuación, la presencia de esa contracultura de carácter obrero en el campo editorial desde los años sesenta, tanto en la publicación de libros como en la de fanzines. Finalmente se abordará el proceso de cooptación de ese tipo de publicaciones, y de su conflictividad subyacente, por parte de la cultura de Estado que emergió de la Transición.

DIGUEM NO

Definidas las clases sociales por el lugar que ocupan en el proceso de producción, para que una de ellas llegue a convertirse en hegemónica, según Gramsci, es necesario, además del poder político o de la fuerza, una legitimidad ideológica que afirme tal poder ante los otros agentes de la estructura social. Esa legitimidad se producirá en la cultura, considerada, en la vieja definición de Edward Tylor, como un complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral o las costumbres adquiridas por el hombre en cuanto miembro de la sociedad. En definitiva, que para la consolidación de las estructuras de dominación social es tanto más importante que el ejercicio de la fuerza, la puesta en práctica en los productos culturales de procesos de producción y reproducción ideológica de los intereses de la clase dominante. Y su función en ambos casos es idéntica e igualmente represiva, pues en el fondo lo que se pretende, mediante la cultura, es que haya “un consentimiento espontáneo de las grandes masas de la población a la dirección impresa a la vida social por el grupo fundamental dominante” (Gramsci, 1973: 35). Así, mediante el control de los medios de producción y difusión cultural es como el poder consigue presentarse, disimuladamente, como el único orden social válido y aún deseable, puesto que se instala en las conciencias de las clases sometidas creando la ilusión de que no hay alternativas, y lo hace

mediante un “discurso oculto”, en el que “se articulan las prácticas y las exigencias del poder que no se pueden expresar abiertamente” (Scott, 2003: 20). Cuando al fin se consigue esa naturalización del sistema de dominación se llega a lo que Gramsci llamaba “bloque histórico” en el que la cultura dominante ha conseguido convertirse en hegemónica, articulando en una sola dirección las visiones de los diferentes grupos sociales y construyendo un consenso en torno a su proyecto que le otorga legitimidad ideológica (Gramsci, 1971:46).

Planteada así la cuestión, las diferentes enunciaciones culturales no pueden definirse si no es por la posición que ocupan con respecto a la cultura dominante, que es la que articula los principales procesos sociales, bien sea porque es compartida por la mayor parte de los integrantes del conjunto social o bien porque tiene mayor capacidad para difundirse o desprestigiar otras prácticas. Desde ese tipo de análisis posicional, Herrera (2006: 273-283) establece la existencia de culturas marginales (no reconocidas por la cultura dominante como fuerzas actuantes en la estructura social, como las indígenas, por ejemplo), subculturas (desarrolladas conscientemente por grupos minoritarios y que no reproducen los valores dominantes pero tampoco los cuestionan, como ocurre con las tribus urbanas) y, finalmente, contraculturas, que sí se articulan de una manera explícita contra los valores promovidos por la cultura dominante, diseñando una suerte de “contrahegemonía de las clases subalternas” (Oliva, 2010: 14). Estas últimas estarían compuestas por un conjunto de producciones culturales con numerosas ramificaciones, de manera que el feminismo, sin ir más lejos, sería contracultural frente al patriarcado pero no necesariamente frente al capitalismo. En todo caso, lo que nos interesa destacar es que mientras la cultura dominante aún no es hegemónica, las diversas posiciones culturales pueden enunciarse con cierta autonomía con respecto a ella, pero en el momento en el que se convierte en hegemónica esta es ya capaz de integrar cualquier forma de descontento y de penetrar y desmovilizar los enunciados culturales que se le oponen, mediante el desprestigio de las culturas marginales, la puesta a su servicio de las subculturas o la banalización de la contracultura, como cuando la ecología se convierte en un prefijo comercial, tipo etiqueta “eco”, o como cuando se tipifica de contraculturales a pandilleros, grafiteros o quinquis. Y ello puede suceder porque la posición de la ideología hegemónica frente a las alternativas que se le presentan es ya tan ventajosa que le permite combatir las abiertamente, servirse de ellas para tergiversarlas, vaciarlas de sentido, o incluso arrojarlas fuera de lo posible o pensable (Bourdieu, 1998: 481-485).

Lo anterior es especialmente cierto con respecto a las enunciaciones culturales del proletariado. De hecho, el propio Roszak concede escasa importancia al movimiento obrero dentro de la contracultura occidental, considerando que el verdadero enemigo para los ideólogos de la sociedad tecnocrática se encuentra sentado en su propia mesa familiar y no trabajando en sus fábricas, pues han de ser los jóvenes de la propia burguesía los encargados de poner en práctica la más decidida oposición al pensamiento hegemónico. Y es que la cultura obrera, concebida como un esfuerzo de capacitación de las clases subalternas para disputar los bienes ideológicos o materiales históricamente en juego a los agentes de la clase burguesa que hasta ahora han dominado ese campo de acción, tendría un muy escaso margen de desarrollo en las sociedades industriales avanzadas, en las que el discurso tecnocrático ha llegado a ser hegemónico (De Vicente, 2019)¹. La mercantilización de los tiempos libres del proletariado, la mediatización

¹ De Vicente, César. “Cultura obrera: un intento de definición” *Kamchatka. Revista de análisis cultural* (2019).

de la “sociedad del espectáculo” y la aparente hibridación de estilos de vida habrían abolido las categorías tradicionales y ahora “la clase obrera, que proporcionó la clientela tradicional a la ideología radical [...], viene a ser el más decidido sostén del orden establecido” (Roszak, 1981: 49). En la sociedad de consumo, la extensión de la condición de asalariado habría desdibujado casi hasta la ineficacia la noción clásica de proletariado. Para Marcuse, la hegemonización ideológica había convertido en “totalitaria” a la sociedad industrial contemporánea, pues se trata de una “coordinación técnico-económica no terrorista que opera a través de la manipulación de las necesidades por intereses creados, impidiendo por lo tanto el surgimiento de una oposición efectiva contra el todo” (Marcuse, 1993: 33). Eso es lo que ocurre cuando un modelo ideológico devora todo su entorno cultural. Por eso, para Theodore Roszak, el más importante divulgador del término “contracultura”, esta a muchos no les “parece siquiera una cultura sino que va adquiriendo la alarmante apariencia de una invasión bárbara” (Roszak, 1981:57).

No obstante, las peculiaridades con las que esa “invasión bárbara” llegó a la España del desarrollismo franquista en los años sesenta fueron notorias. En primer lugar porque las condiciones objetivas del proletariado español eran muy diferentes a las de los países desarrollados de nuestro entorno, de ahí que contara con un importante componente obrero que las mitificadas historias de la Transición no siempre le han reconocido. En segundo lugar, porque el régimen había entrado en una “crisis orgánica de representatividad” (Gallego, 2008: 707) que hizo posible que la cultura dominante dejara de ser hegemónica, al menos en el sentido en el que lo había sido desde 1939. Seguía teniendo la iniciativa y el control de los medios de producción pero había perdido la capacidad de ser asimilada acriticamente por parte de la población. En un sentido gramsciano, se había roto el “bloque histórico”. Sólo después, en el desarrollo mismo de la Transición, y con la reconversión a la ideología tecnocrática de una parte importante de la izquierda, este fue parcialmente reformulado y definitivamente reconstruido a través del discurso del consenso.

¿LIBERTAD SIN IRA?

Como ha reconocido incluso alguno de sus protagonistas (Tusell, 1997), en la Transición lo importante empezó antes. De hecho, en el arco de quince años que precede a la muerte de Franco, la movilización social se intensifica en nuestro país de manera notable. El punto de partida puede fijarse en 1962, año en el que coinciden las manifestaciones cruentamente reprimidas por el cierre de la “Basconia” en Bilbao y las huelgas de la minería asturiana, en las que la clase trabajadora del franquismo empieza a comprender intuitivamente que “si no utilizan políticamente su lucha no van a obtener ninguna mejora” (Espai en Blanc, 2008: 33). Las torturas y el uso del garrote vil (ese mismo año se ajustició a dos militantes de Juventudes Libertarias) no impidieron la escalada de conflictos laborales que la represión del régimen “politizaba” sin darse cuenta. Las zonas mineras fueron sin duda la vanguardia: 8000 huelguistas en 1964 en Riotinto y 3200 en Peñarroya, luego Mieres y Minas de Figaredo, con demandas salariales que se iban extendiendo a otros colectivos. Campesinos de Jerez y de Sanlúcar, trabajadores de La Papelera de Tolosa, Altos Hornos de Sagunto, la Metalurgia de Vizcaya o la fábrica de ladrillos de Linares protagonizaron conflictos sonados sólo en 1964. Al año siguiente, la huelga de la Pegaso en Madrid, con más de 3000 trabajadores de la cadena de montaje pidiendo 25 días de vacaciones, la

huelga de la Naval en Bilbao, la de los obreros de la construcción en Madrid, o nuevamente los mineros en Mieres, precedieron a la agitación universitaria que acabó con la famosa expulsión de sus cátedras de Aranguren, García Calvo y Tierno Galván. A pesar de la represión, la presión huelguística y los movimientos sociales forzaron un crecimiento de los salarios por encima de la productividad, lo cual desequilibraba constantemente la política económica del gobierno. Y seguía el *crescendo*: en 1966 hubo ya un centenar de huelgas con un millón y medio de jornadas perdidas; para 1968 son ya cuatro millones y medio las jornadas perdidas en más de trescientas huelgas. En 1971 son siete millones las jornadas que se pierden en la conflictividad laboral y casi nueve millones dos años después, en 1973. En 1975, año de la muerte del dictador, las jornadas perdidas en diferentes conflictos laborales ascendían a catorce millones y todavía fueron más al año siguiente, cuando se produjo la más emblemática de todas aquellas manifestaciones de poder obrero: la huelga de la fábrica de sanitarios Roca, en Gavá, Barcelona, entre noviembre del 76 y febrero del 77, que llegó a los 96 días de inactividad en los talleres en solidaridad con unos compañeros despedidos. En esas mismas fechas, por ejemplo, un país como Francia no perdía más de tres millones de jornadas de trabajo al año. Este dato revela la verdadera esencia de la situación laboral española, puesto que toda esta escalada de presión huelguística se produjo, no lo olvidemos, en medio de una dictadura cruenta donde la misma huelga siempre fue ilegal. El régimen parecía mostrarse incapaz de contener las mareas de protestas laborales que se iban convirtiendo en políticas a causa de la virulencia misma con la que eran combatidas. Pero también es cierto que las movilizaciones obreras de aquel tiempo eran, en el fondo, totalmente autónomas, espontáneas y asamblearias, sin burocracia ni participación alguna de la oposición política y sólo muy escasa de los sindicatos, aún ilegales; eran, en fin, expresiones estrictamente “de clase”, totalmente al margen del marco capitalista y su entramado jurídico. En realidad, pues, “era el propio sistema de regulación de la conflictividad el que estaba en crisis y, por tanto, la paz social exigía una sustitución que no era posible por razones de carácter político” (Tusell, 2007: 504). Ese es, sin duda, el origen de la Transición².

Paralelamente a ello, en los años que Giulia Quaggio ha denominado de la “política cultural de la paradoja” (Quaggio, 2014: 42-69), aprovechando la pretendida imagen de aperturismo cultural siempre y cuando fuera entre las élites, promovida por el Ministerio de Información y Turismo, empieza a producirse un fenómeno editorial heterogéneo de oposición al régimen que llega a sectores mucho más amplios y que resultaba totalmente insólito en nuestro contexto.

² *Vid.*, para datos: Tuñón de Lara (1988: 367-384) y Tusell (2007: 501-510). La más completa descripción de aquel ciclo y sus ambiciones sigue siendo *Luchas autónomas en la Transición democrática*, compuesto por un “colectivo de Estudios por la Autonomía Obrera”, editado por Zero-Zyx en 1977 y compuesto, además, como los viejos folletos sindicalistas de los años veinte, casi a la manera de un *work in progress* en medio de la agitación que quiere describir. Tiene reedición moderna en editorial Descontrol. Más recientes son aproximaciones como la de Gonzalo Wilhelmi (2012) o la de Casado Gil (2018), que tratan de aproximarse al malbaratado papel que la CNT hubo de ocupar en aquellos años, en busca de un sindicalismo distinto, a medias económico y político, que intentó integrar la militancia autónoma, la lucha anticapitalista y la contracultura con el anarcosindicalismo de siempre. Como estudios de conjunto de las intersecciones y enrevesados meandros que conectan la lucha obrera con el proceso de reconversión industrial al que el país se abocó tras la muerte de Franco, *vid.* los coordinados por Quintana (2002) y Espai en Blanc (2008).

Editoriales

En marzo de 1964, por ejemplo, aparece en Madrid la editorial ZYX, impulsada por diversos miembros de la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica), un experimento de acción social que había nacido en los años cuarenta con el objetivo de tender puentes entre la Iglesia y la clase obrera. Muchos de los miembros de la HOAC habían participado en la militancia obrera anterior a la Guerra y tenían sobrados conocimientos de gestión cultural clandestina, lo cual fue aprovechado por la editorial. El nombre de la misma, de hecho, era ya toda una declaración de intenciones pues invertía las últimas letras del alfabeto en referencia a la cita bíblica de “los últimos serán los primeros” pero también en oposición sugerida al diario *ABC*, lo cual virtualizaba su compromiso “contra-hegemónico” de una manera no precisamente implícita. Con el declarado objetivo de llegar a las zonas más pobres y desatendidas del territorio nacional y realizar una labor cultural popular con total independencia económica y autodeterminación ideológica, la editorial contribuyó de manera notable a la concienciación político-social de las clases más desfavorecidas, prestando especial atención al sector obrero y campesino y a los seminaristas y sacerdotes de base. Intentando ocupar el vacío en la formación de los trabajadores, ZYX abrió, modestamente, una vía de agua en el monolítico discurso cultural del régimen y contribuyó de manera notoria tanto a la rehabilitación de la conciencia de clase obrera como a la recuperación de memoria histórica. El viejo militante ácrata Heleno Saña lo recordaba así:

La Editorial ZYX fue la plataforma que permitió recuperar la memoria histórica de lo que había sido el movimiento obrero, no solamente libertario, sino el movimiento obrero y sindicalista español. [...] Lo que más me impresionó como libertario es que era una cosa organizada por cristianos vinculados al movimiento obrero y publicando la cultura libertaria y socialista. Fue en toda regla un experimento único en la época del franquismo. (en Araus y Sánchez, 2015: 282)

Hasta 1969, en el que sufrió su mayor batacazo con la Ley de Prensa, la editorial ZYX, que nunca estuvo inscrita en el Registro de Editoriales del MIT, consiguió publicar 240 volúmenes a través de cuatro colecciones: “Lee y discute”, “Promoción del pueblo”, “Se hace camino al andar” y “Pueblo de dios”. La primera, remitiendo a los viejos folletos sindicalistas de antes de la Guerra, estaba compuesta por económicos ejemplares de bolsillo de 16x11, algunos de ellos escritos por los propios militantes de la HOAC. Con singulares cubiertas, periodicidad mensual y menos de 100 páginas, la colección se ajustaba perfectamente a los bolsillos obreros en sus dos series (20 pesetas los de la serie Roja y 12/13 pesetas los de la serie Verde), que se vendían, rehuendo deliberadamente las librerías, mediante una singular red de distribución: de forma directa en quioscos o puestos callejeros, en las parroquias o cinturones fabriles, de manera piramidal mediante paqueteros, o con suscripciones, lo que consiguió ampliar su recepción a sectores muy amplios de la clase obrera y hasta incluso algunos núcleos de emigración. Al respecto Ramón Tamames llegó a afirmar que la editorial tenía “la mejor infraestructura política de España” (Gómez del Castillo, 1996: 28).

A pesar de su cierre, obligada por los sistemáticos secuestros de ediciones, haciendo de la necesidad virtud, ZYX se reconvirtió enseguida en distribuidora de la bilbaína editorial ZERO,

que sí tenía registro como empresa editorial en el MIT y, bajo esta fórmula, continuó funcionando hasta 1980, en el que la editorial finalizó definitivamente sus actividades³.

Trayectoria similar vivió la editorial Nova Terra, vinculada a la Joventut Obrera Cristiana de Cataluña, que fue expedientada y abocada al cierre en 1969 después de cinco años en los que, con Josep Verdura como director literario y Alfons Comín como asesor general, había publicado, en ediciones populares y tanto en castellano como en catalán, numerosos títulos incómodos para el régimen y que, no obstante, consiguió seguir editando títulos de acercamiento a las clases subalternas durante diez años más, hasta 1979, tras el oportuno recambio de sus asesores⁴.

Por su parte Edicusa, extensión de la revista mensual de corte democristiano *Cuadernos para el Diálogo* fundada por el exministro franquista Joaquín Ruiz-Giménez, funcionó en Madrid entre 1965 y 1976, con Pedro Altares como director de colecciones. A pesar de su carácter aparentemente universitario y profesoral, y por tanto minoritario, lanzó también una colección de ensayos de bolsillo y utilizó el método de la suscripción para llegar al gran público promoviendo el pensamiento crítico con las realidades de la dictadura y planteando abiertamente alternativas sociales y políticas de corte democrático, centradas esencialmente en la realidad española. Como muestra de su carácter combativo, su primer número, *Moral y sociedad*, estaba firmado por José Luis López Aranguren, que acababa de ser expulsado de su cátedra. Edicusa también publicó textos sobre el movimiento obrero de historiadores marxistas, como Manuel Tuñón de Lara, e incluso obra reciente de algunos autores del exilio, como Rafael Alberti o Max Aub⁵.

³ Para entonces ZYX había dado a conocer en nuestro país a pensadores marxistas contemporáneos como Poulantzas (*Clases sociales y alianzas por el poder*), Karl Korsch (*Concepción materialista de la historia*), o André Gunder (*Capitalismo y genocidio económico*); rescató a figuras históricas del movimiento libertario español, como Ricardo Mella (*La ley del número. Contra el parlamento burgués*), Ángel Pestaña (*Informe de mi estancia en la URSS, Consideraciones y juicios acerca de la Tercera Internacional*), Francisco Ferrer (*La escuela moderna*) o Diego Abad de Santillán (*Historia del movimiento obrero español*) y hasta los *Cuentos carcelarios* y la *Historia del anarcosindicalismo español* (1968) del futuro secretario general de la CNT Juan Gómez Casas; además de textos sobre la historia del movimiento obrero nacional (*Dos revoluciones andaluzas* de Pérez del Álamo, *Orígenes del PSOE* de Víctor Arbeloa, *El movimiento obrero y sus orígenes en Andalucía* de José Sánchez) e internacional (*Escritos sobre los consejos obreros* de Anton Pannekoek, *El movimiento de los consejos obreros en Alemania* de H. Canne, *El neo-imperialismo portugués* de Hosea Jaffe); junto a textos sobre colectivismo (*Economía capitalista y economía colectivista*, de Manuel López, *Liberación campesina* de José Luis Caravias), corrupción empresarial (*El fraude fiscal en España*, de Ricardo Rives), sub-empleo (*Empleadas de bogar* de Miguel Bayón), pedagogía libertaria (*Contraescuela*, escrita por los propios alumnos de la ‘doposcuola’ de Barbiana); materialismo histórico (*El materialismo histórico: en torno a dos textos de Marx y Engels* de José M. Garrido; *Marxismo y ‘populorum progressus’* de Tomás Malagón); o textos sobre conflictos sociales contemporáneos (*Autogestión en Checoslovaquia* de Ota Sik, *Autogestión y revolución agraria en Argelia* de Enrique Fernández, *Capitalismo transnacional y desintegración nacional* de Osvaldo Sunkel, *La lucha de clases palestina* de Luis Sanz). Después de 1969, ZERO/ZYX impulsó otras colecciones como ‘Documentos para la historia Obrera’ o la ‘Colección Guernika’ cuyo número 13 fue, por ejemplo, una *Antología poética de obreros autodidactas*. Además de en Araus y Sánchez (2015), pueden encontrarse datos sobre la editorial en Císquella (2002) y Rojas (2013).

⁴ Entre sus títulos *Ensayos sobre la condición obrera* de Simone Weil, *Argelia entra en la historia* de Pierre Bourdieu y Abdelmadedek Sayad, *Problemas actuales del sindicalismo* de Pierre Le Brun, *La realidad del mundo obrero* de Paul Evain, *Los sacerdotes obreros* de Georges Stiefer, *El pan de los tiempos malditos* de Paul Tillar, *Por una educación liberadora* de Miquel Martí, *Presente y futuro del sindicalismo* de Manuel Zaguirre y José M^a La Hoz, *Introducción a la historia del movimiento obrero* de Manuel Tuñón de Lara, los colectivos *La violencia de los pobres*, *Los trabajadores en la sociedad contemporánea* o *El divorcio en España*, o los Cuadernos Genus de sexología. Además del monográfico de Martín y Ramírez (2004), *vid.* Mengual (20/04/2018).

⁵ En su catálogo puede encontrarse el muy polémico *El federalismo español* (1967) de Gumersindo Trujillo, *Estado de derecho y sociedad democrática* (1966) de Elías Díaz, *Una democracia para España* (1967) de Modesto Espinar, *Historia y realidad del poder* (1967) y *Movimiento obrero, política y literatura en la España contemporánea* (1974) de Tuñón de Lara, *Ideología y clases en la España contemporánea* (1968) de Antoni Jutglar, *La penetración americana en España* (1974) de Manuel Vázquez Montalbán, *El adejesio* (1974) de Rafael Alberti, *No* (1969) de Max Aub o las memorias de guerra y exilio de Santiago Blanco *El inmenso placer de matar un gendarme* (1976). *Vid.* Mengual (06/10/2017), Rojas (2013) y, para la importancia de la revista *Cuadernos para el diálogo*, Muñoz (2006).

Menos fortuna tuvo la Editorial Ciencia Nueva pues, perseguida con saña por ser muy notable la militancia de sus promotores en el PCE, sus actividades se prolongaron sólo durante cinco años (1965-1970). Impulsada y asesorada por el hombre fuerte del PCE Jaime Ballesteros, fue dirigida inicialmente por Jesús Munárriz. Ciencia Nueva lanzó paulatinamente cinco colecciones: la principal, dedicada a las traducciones de ensayos, llegó a alcanzar los 23 títulos, principalmente de pensadores marxistas anglosajones nunca editados en nuestro país; “Los Complementarios”, de claras resonancias machadianas, se centró en los ensayistas españoles; “Los clásicos”, en la recuperación de títulos fundamentales de pensadores “a la contra” aún desconocidos en España; “Las luchas de nuestros días”, en la realidad política internacional, como Vietnam o la insurgencia africana, y “Cuadernos Ciencia Nueva”, de la que salieron quince pequeños folletos destinados a poner al alcance de todos los bolsillos el pensamiento crítico⁶.

Del entorno de la Librería Fuentetaja⁷ salieron como mínimo dos importantes editoras “subversivas”: Ayuso y Ediciones La Piqueta. La primera, dirigida por Jesús Ayuso, habilidoso gestor cultural muy bien relacionado con el exilio, y amigo personal del ministro Pío Cabanillas (Rojas, 2016: 155), extendió sus actividades de 1969 hasta 1980. Promovió no sólo obra nueva sino también reediciones de editoras clausuradas por el régimen o incluso de Ruedo Ibérico y Ebro, las más importantes del exilio español, aunque quizá su proyecto más notable fuera “Biblioteca Silenciada” en el que rescató, entre 1979 y 1980, lo más granado de la literatura social española de los años treinta, con objeto de “contribuir a reestablecer una relación literaria artificialmente interrumpida”, como se le lee en las contras de sus primeros volúmenes⁸.

Por su parte, La Piqueta funcionó entre 1977 y 1981 y trató de promover el pensamiento crítico de corte libertario a través de su colección principal, numerada, o la colección de folletos

⁶ Aparecieron, entre otros, *Formaciones económicas precapitalistas* de Karl Marx, *El anti-Dübring* de Engels y unos textos *Sobre arte y literatura* de ambos, además de *La madre* de Gorki, *Pensamiento social* de Pi i Margall o *Noticias de ninguna parte* de William Morris, en la colección “Los clásicos”; *Ciencia y política en el mundo Antiguo* de Benjamin Farrington, *La evolución de la sociedad y Los orígenes de la Europa Contemporánea* del pensador marxista australiano Vere Gordon, *Vida e ideas de Robert Owen* de A. L. Morton, *Lo masculino y lo femenino en la sociedad contemporánea* de Anne-Mariede Rocheblave-Spenlé y Daniel Lagache, *Argumentos sobre socialismo* de Maurice Dobb o *¿Herejía o revolución? El movimiento busita* de Josef Macek, en la “Colección Ciencia Nueva”; en “Los Complementarios”: *Marx o la crítica como fundamento* de Manuel Ballester, *Realismo, entre el subdesarrollo y el desarrollo* de Valeriano Bozal, *Miseria de la ideología urbanística* de Fernando Ramón, unas *Lecturas* del importante pensador marxista Manuel Sacristán, *Integración y lucha de clases en el neocapitalismo* de José Ramón Recalde y hasta una recopilación de ensayos de Max Aub titulada *Pruebas*. Y en la colección de folletos “Cuadernos Ciencia Nueva”: *Los Derechos Humanos* de López Aranguren y Ramón Tamames, *El campo andaluz* de Pedro Mario Herrero, *La alienación de la mujer* de Carlos Castilla del Pino, *La era de la automatización* de Samuel Lilley, *Los orígenes del pensamiento marxista en Latinoamérica* de Francisco Posada, *Diario de Bolivia* de Che Guevara o *Los bakuninistas en acción*, de Engels. *Vid.* Rojas (2005 y 2013).

⁷ La historia misma de este establecimiento, fundado por la militante libertaria María Fuentetaja en la madrileña calle de San Bernardo en 1959, es metáfora viva de la historia reciente de nuestro país, primero como centro de agitación y de reunión subversiva, promoción asamblearia, distribución de textos prohibidos y sede de editoriales “incómodas” en los sesenta y setenta hasta convertirse luego en malbaratado mito o jarrón chino de los años de la Transición, sometido después a la brutal especulación urbanística, y del que surgió una librería infantil, una escuela de escritura creativa, luego una librería comercial más o menos progre, un esperpéntico loft y, finalmente, un Café Bistró, mientras en una delirante ruina el propio edificio se resquebrajaba aún más que los proyectos que había albergado en su interior. *Cfr.* Varela (15/11/2007) y Ortega (15/03/2007).

⁸ Componían la colección *Madrid, Carranza 20*, recuerdos de la Guerra Civil del socialista Julián Zugazagoitia; *La Guerra de Asturias (crónicas y romances)* de César M. Arconada, autor clave del movimiento de vanguardia comprometida que se conoció como “Nuevo Romanticismo”; la reedición completa en dos tomos dirigida por Gonzalo Santonja de los folletos de *La Novela Proletaria (1932-1933)*; *En la selvática bribónica*, del olvidado escritor proletario José Más; *Campesinos* de Joaquín Arderius, también asociado al “Nuevo Romanticismo”; *Voz Última* del poeta republicano represaliado por el franquismo José Luis Gallego; y *El crimen de Cuenca* de Alicia Garcitoral, que había sido gobernador civil de la ciudad con la II República. *Vid.* Mengual (01/02/2019).

económicos de 20x13 “Cuadernos La Piqueta”, además de la luego imitadísima colección divulgativa de las nuevas realidades sociales “De Qué Va”, con ilustraciones del dibujante de cómic *underground* Enrique Naya, que no se indicaban en los créditos (VEP, 2011: 86), o la legendaria serie “Genealogía del Poder”, que acabó siendo el buque insignia de la editorial⁹.

También de claros componentes ácratas fue la editorial madrileña Campo Abierto Ediciones, que editaba la popular revista *Bicicleta* (Boletín Informativo del Colectivo Internacionalista de Comunicaciones Libertarias y Ecológicas de Trabajadores Anarcosindicalistas) y que, entre 1976 y 1979, consiguió impulsar, a través de colecciones populares y económicas como “Cuadernos de Campo Abierto” o “Debate Libertario”, y otras más selectas como la de “Ensayo”, un concepto editorial bastante ecléctico, en el que abría espacios para publicaciones sobre la recuperación de la experiencia libertaria española, la realidad de Latinoamérica, experiencias educativas autogestionadas, marginalidad, feminismo, ecología o cooperativismo, y contra las centrales nucleares o el urbanismo salvaje. Campo Abierto reeditó también clásicos del anarquismo, difundió traducciones de la revista francesa *Positions* y dio a luz varios textos misceláneos de teoría política o experiencias libertarias¹⁰.

Más literaria parecía, en principio, La Banda de Moebius, editorial de vocación marginal, surgida del asambleario espacio cultural de La Vaquería en Madrid e impulsada al parecer por jóvenes versos libres del trotskismo (Labrador, 2017: 223). La editorial, que alardeaba de un diseño rompedor y se presentaba con el logo de un niño mutilado vestido de primera comunión, pretendía “publicar a esa gente a las que las editoriales no hacen caso” (Pereda, 18/12/1976) y se movió siempre fuera de los circuitos comerciales, usando imaginativos métodos de distribución con objeto de llegar a todos los lectores y a todos los bolsillos. No obstante su vocación literaria, La Banda de Moebius, que funcionó entre 1976 y 1981, publicó también algunos textos del líder saharauí, fundador del Frente Polisario, Sayed Mustafá Al Wali, unos anónimos *Apotegmas contra el*

⁹ Entre los títulos de La Piqueta figuran reediciones de clásicos de la acracia como Bakunin (*Obras completas*), Rudolf Rocker (*Nacionalismo y cultura*), Max Nettlau (*La Internacional y la Alianza en España*) o el pensador libertario gallego Ricardo Mella (*Forjando el mundo libre*), además de textos de Raymond Safon (*La educación en la España revolucionaria*), Isidro Guardia (*Conversaciones sobre el movimiento obrero. Entrevistas a militantes de la CNT*), Ángel Cappeletti (*Ferrer y Guardia y la pedagogía libertaria*) o Pere Foix, *Los archivos del terrorismo blanco*, sobre el represión, el pistolero y las infiltraciones de la patronal entre 1910 y 1930. También publicaron textos sobre la tortura en las cárceles españolas como *Sumario 22/79 Herrera de la Mancha*, de Manolo Revuelta, o sobre la actualidad internacional del movimiento obrero como *la Huelga Salvaje en Polonia el 25 de junio de 1976* de Henri Simon, o un *Manifiesto libertario de la enseñanza* de Carlos Díaz. En la colección “De Qué Vá”, que inauguró Jesús Ordovás en 1977 con *De qué va el Rrollo*, aparecieron *De qué van las drogas* de Eduardo Haro Ibars, *De qué va el rock macarra* de Diego A. Manrique, *De qué van (iban) los 60* de Luis Racionero, *De qué va la alimentación natural* de Rosa Solá y *De qué van las comunas* de José Ribas. Y en la colección “Genealogía del Poder” autores como Foucault (*Microfísica del poder*), Bentham (*El Panóptico*), Anne Querin (*Trabajos elementales sobre Escuela Primaria*), Max Weber (*La ciudad*) o Gaudemar (*La movilización general*), casi siempre en traducciones de Julia Varela, muy vinculada a la editorial y a la propia María Fuentetaja.

¹⁰ Algunos de sus títulos: *Imperialismo tecnológico y proliferación nuclear* de Vicens Fisas; *Seveso está en todas partes*, firmado colectivamente por un grupo de trabajadores víctimas del célebre accidente de la central nuclear en el pueblo de Seveso, al norte de Italia; *Fregenal de la Sierra. Una experiencia de escuela en libertad* de Josefa Martín Luengo, sobre un experimento educativo anarquista en el citado pueblo extremeño; *Por un aprendizaje libertario* del colectivo Cero a la Izquierda; *Breviario del pensamiento educativo libertario* de Tina Tomassi; *La feria de los asnos o la abolición de la condición de asalariado* de Gaston Brittel; *Colectividades libertarias en Castilla 1936-1939* de José Luis Gutiérrez Molina; *Los amigos de Durruti, los trotskistas y los sucesos de mayo* de Frank Mintz; *Enseñanzas de la revolución española* de Vernon Richards; *La revolución cubana. Un enfoque crítico* de Sam Dolgoff; *Contra la violencia, el dolor y la miseria* de Joaquín Pavia, sobre la revolución en Nicaragua; *Grupos marginados y peligrosidad social* de VVAA; *Emma Goldman, anarquista de ambos mundos* de José Peirats; *Costa del Sol: retrato de unos colonizados*, escrito por diversos colectivos vecinales; *Autogestión* de A.M. Bonanno; el misceláneo *Textos situacionistas sobre los consejos obreros*; *Comunismo libertario o capitalismo de Estado* de Luigi Fabbri o *La revolución desconocida* de Volin.

Marxismo, que apareció con dos portadas diferentes, o una selección de documentos de la Internacional Nexialista, además de, siempre en formato folleto y a precios asequibles, al menos tres incendiarios títulos de una comuna antinacionalista zamorana¹¹.

Singular fue asimismo la experiencia de Libropueblo. Herrilburu, nacida en Getxo en 1978, pues en ella se aunaron una fuerte reivindicación de las culturas periféricas nacionales con una crítica de base a la política crematística de la cultura, que dificultaba el acceso a esta de las clases subalternas. Fundada por los novelistas J.J. Rapha Bilbao y Ramiro Pinilla, que había ganado el Premio Nadal en 1961 con *Las ciegas hormigas*, la editorial se proponía dar una “respuesta ideal al problema de la socialización del libro” (Uribe, 2011) y sus volúmenes se vendían puerta a puerta, en la calle, en las fiestas de los pueblos, en las cancelas de las fábricas o en las parroquias. Editados en rústica y a dos columnas en formato folleto de 22x16, en las solapas de los volúmenes podía leerse: “Libropueblo es una pequeña organización de trabajadores de la cultura para editar sus propios libros a precios realmente populares [...] Es una denuncia de un sistema social de mercado” para, a continuación, detallar las cuentas de tirada de cada ejemplar¹².

Al proceso de formación de una conciencia crítica ciudadana que recuperó el protagonismo de la clase obrera y rehabilitó simultáneamente política y cultura entre las clases subalternas, contribuyeron también algunas editoriales con mayor vocación comercial. Es el caso de Anagrama, que presentó en 1969 su colección “Documentos”, llena de ensayos políticos sesentayochistas en ediciones económicas¹³, o Tusquets, que lanzó en 1973, bajo la dirección de Carlos Semprún Maura que había trabajado para la editorial del exilio Ruedo Ibérico, su popular colección de títulos de bolsillo “Acracia”¹⁴.

¹¹ El más interesante de ellos, *Comunicado Urgente contra el despilfarro*, publicado en 1977 por la arrojada editorial, y presentado, como los discos de Frank Zappa o Alice Cooper, en un innovador formato imitando un sobre, tiene reedición moderna en Pepitas de Calabaza, 2016. La original fue secuestrada por un Tribunal de Orden Público y luego autorizada cuando se le atribuyó al catedrático de Latín Agustín García Calvo, recién regresado de su exilio en París tras la expulsión de su cátedra en 1965 (VEP, 2011: 109). En todo caso es un feroz alegato o panfleto contra el capitalismo y su adecuación natural en las fórmulas de la cultura del consumo. Cfr. el prólogo de Luis Andrés Breadlow en Comuna Antinacionalista Zamorana (2016). Otros títulos editados por La Banda de Moebius fueron: *Empalador* de Eduardo Haro Ibars; *Historias de la nueva ola* de El Zurdo; *La soledad, los viajes, el mar, la amnistía, varios muertos y un aniversario* de Emilio Solá, cuyos beneficios fueron al frente polisario; *El que no ve* de Leopoldo María Panero y numerosos textos de jóvenes poetas contraculturales como Xavier Noguerol (*Irrevocablemente inadaptados* y *Extraños en el escaparate*), Javier Sandoval (*Amanecer de plomo*), J.L. Recio (*Introducción al desborde*), Mariano Soler (*Walking Blues*) o Jorge Stoetter (*Servidumbre sin lumbre*). Vid., para el catálogo completo, VEP (2011: 112).

¹² Que sepamos salieron sólo 13 títulos, entre ellos el primer volumen de *Verdes valles, colinas rojas* de Ramiro Pinilla que, reeditado por Tusquets en 2004, se convertiría en todo un fenómeno editorial.

¹³ El primer título, *Los procesos de Moscú* de Pierre Broué, ya fue censurado en 1969; de otros, como el libro de Antonio Mercader y Jorge de Vera *Los tupamaros* sobre el movimiento de liberación uruguayo, se secuestró la edición entera en 1971, como ocurrió en 1975 con *La oposición Obrera* de Alessandra Kollontai, por el que se le abrió un Sumario al editor. Si aparecieron, en cambio, *Los exiliados románticos (Bakunin, Herzen, Ogarev)* de E.H. Carr, *Crónica de Marx* de Maximiliem Rubel, *Los socialistas utópicos* de Dominique Desanti, un colectivo sobre *La revuelta del poder negro*, *Documentos fundamentales* del Frente de Liberación de Mozambique o una antología de textos de Ulrike Meinhof, líder del grupo terrorista alemán Baader Meinhof. Vid. González (2019: 179).

¹⁴ Aunque su primer título fue un clásico, *¿Qué es la propiedad?* de Proudhon, y fue otro, *La escuela moderna* de Ferrer i Guardia, el que proporcionó más dificultades a la editorial, en realidad la colección fue un intento de “actualizar el pensamiento libertario y antiautoritario en general” (Pasamar, 2014) y estaba llena de pensadores antiautoritarios del momento como Sam Goldoff (*La anarquía según Bakunin*), Colin Ward (*Esa anarquía nuestra*), Mary Nash (*Mujeres libres. España 1936-1939*), Vernon Richards (*Malatesta. Vida e ideas*), Roberto Scalapino (*El movimiento anarquista en China*) o Cornelius Castoriadis (*La sociedad burocrática* o *La experiencia del movimiento obrero*).

En todo caso, la lista completa de editoriales periféricas al sistema que se produjo entonces sería larga porque las hubo, en realidad, en toda España: ediciones Antípodas, Geometrik, Mayo 37, Ediciones Libertarias o Felma, en Madrid; La Cloaca, Ocnos, Pastanaga o Les Donnes, en Barcelona; Ultreya, en Vigo; Antorcha de Paja, en Córdoba; en Gijón, Júcar; en San Sebastián, Elkar, o en Bilbao la ya citada Zero. Todo este movimiento editorial de oposición al régimen tenía dos objetivos primordiales: la formación integral de las clases populares, tan desatendida por el franquismo, y la configuración de un discurso contracultural de componente obrero que remitía constantemente a los años pre-republicanos. Se caracterizó además por lo que pudiera denominarse libertarismo de izquierdas pues en él confluyeron, como se ha visto, muy heterogéneas posturas, desde el cristianismo de base, los curas obreros, el reformismo democristiano, el comunismo y el regionalismo hasta tendencias más específicamente ácratas.

A pesar de los numerosos expedientes, secuestros de ediciones y sanciones administrativas, era una realidad en España, mediados los años 70, que la censura se había revelado ineficaz para contener la marea de literatura contestataria.

Publicaciones periódicas

En los años de la “política cultural de la paradoja” proliferaron también numerosas publicaciones periódicas con la ambición de ir desarrollando un cierto discurso alternativo, de las que la más popular y longeva fue la ya citada *Cuadernos para el Diálogo* (1963-1976). La tendencia no decayó, a pesar del recrudecimiento de la represión y la censura en los setenta con la nueva ley de prensa. Muchas fueron revistas de intelectuales, pero otras no lo eran y su concurso, de hecho, fue fundamental para dotar a la clase trabajadora de espacios de representación. Así, se editaron las marxistas *Zona Abierta* (1974), *Sistema* (1975) y *Teoría y Práctica* (1976-1978); las heterogéneamente trotskistas *En teoría* (1979-1982) o *El Cárabo* (1976-1980); las vinculadas tangencialmente al PSUC como *Materiales* (1977-1978) o la muy importante *Mientras Tanto* (1979), dirigida por Manuel Sacristán; *Taula de Canvi* (1976-1980), experimento de alianza entre cristianos y comunistas; o de variados núcleos de condensación de la izquierda como *Negaciones* (1976-1978), *El Viejo Topo* (1976-1982) o *La Calle* (1978-1982); antipatriarcales como *Vindicación feminista* (1976-1979) o *Xiana* (1978); ecologistas como *Ozono* (1976-1979) o *Alfalfa* (1977-1978); o asociadas a movimientos libertarios como *Ajoblanco* (1974-1979), la ya citada *Bicicleta* (1977-1982) o revistas como *Star* (1974-1980), inicialmente dedicada a difundir el cómic *underground* pero que se fue llenando paulatinamente de componentes políticos (Mir, 2011: 91-92).

Estas últimas, descritas con frecuencia y vagamente como contraculturales, no sólo daban muchos espacios de expresión a sus lectores, también estaban llenas de conexiones con el movimiento obrero español, además de con los movimientos vecinales contra la especulación urbanística o la entonces incipiente reconversión industrial, con el feminismo, la antinuclearización y por las energías renovables, el comercio cooperativo, los productos de proximidad, o fórmulas de vida alternativas contra la burocratización de la lucha obrera, del arte y en general de la vida. Todo ello fue creando un sustrato ideológico entre las clases subalternas que contribuyó de manera notoria a crear “una subjetividad obrera con clara conciencia práctica de sus posibilidades de arrancar conquistas al capital” (Quintana, 2002: 38).

En esa misma línea podíamos situar los *fanzines* españoles de los setenta, nacidos con la segura convicción de ser productos subterráneos y además totalmente autogestionados: fotocopias clandestinas en diversidad de formatos, apresuradamente mecanografiadas o dibujadas a mano, de distribución tan imaginativa como ilícita, sin depósito legal ni directores administrativamente cualificados (la ley de prensa exigía que fueran periodistas), pero que asumieron un papel nada desdeñable en la configuración de una cultura contestataria. Los hubo en toda España. En Mallorca: *Sa Pedra*, 1978 (“contra las centrales nucleares y a favor de huertos, excursiones y vida rural comunitaria, autogestionada”); en Valencia: *OMBU*, 1975 (“aborrecemos los fenecidos discursos literarios y no tenemos la intención de recurrir a la política”), *El Gat Pelat*, 1976 (“en València: rojo en portada, negro por dentro”) o *El Dátil*, 1978 (“fullorum diarreicum llemosina contra el búnker-barraqueta y la prensa local en general”); en Sevilla: *Palanca*, 1975 (“portavoz del Partido Quimérico Revolucionario de los Tarados Universales para los que no tienen nada que conservar”), *Sopa de Ganso*, 1978 (“solidaridad con lo marginal”) o *Acrimonia*, 1978 (“escritos no sujetos a cánones prefijados”); en Granada: *El Despeñaperro andaluz*, 1977 (“un *Ajoblanco* del Sur”); en Huelva: *Er Pelotaxzo*, 1977 (“papelillos incontrolados de aparición aperiódica”); en Galicia, *La hormiga enana*, 1977 (“opción libertaria contra la política estatal que infecta los ideales de nuestra juventud”); en Bilbao: *Euskadi Sioux*, 1979 (“intervención cáustica en lo políticocultural”) con su escisión alavesa *Araba Saudita*; en Zaragoza: *El Pollo Urbano*, 1976 (“revista mensual especializada en artes”) y *Colectivo Zeta*, 1977 (“autogestión no sólo por obligación sino como principio”); en Madrid: *Catacumba*, 1975 (“teoría social en cuartillas”), *Uronía*, 1975 (“algún cómic, ninguna periodicidad y muchas ganas de caña social”), *Bazofia*, 1976 (“vertidos desestabilizadores”), *MMMUA*, 1976 (“Under Guía de Madrid”), *Anarta*, 1977 (“folios cargados de aires libertarios, talleres, comunas y contactos varios”), *La liviandad del imperdible*, 1977 (“combate con rotundidad y mala leche todo cuanto rodea a la sociedad, al individuo, al grupo o lo que sea”), *PREMAMÁ*, 1977 (“PREnsa MARGinal MAdrileña. Subconsciente paradisiaco de la marginación madrileña”), *La Alcajata*, 1977 (“revista de literatura sin urbanizar”), *Nihil*, 1978 (“más vale campo abierto que rebaño de ovejas”) o *Hachís, Mortadela y Moscatel*, 1978 (“fotocopias en lucha encarnizada contra el sistema”); o en Barcelona: *Les Corts*, 1976 (“a propósito del Estado”), *Auxphall*, 1977 (“ramalazo surrealista y ansias de acción”), *El Coco*, 1977 (“crítica de hipocresías políticas, engaños sociales y abusos legislativos”), *Flipi*, 1977 (“potaje de aireadas repulsas”), o *Secano*, 1977 (“de su pueblo a barna para poder trabajar: opúsculo del emigrante”)¹⁵. La mayor parte de ellas no llegaron más allá del primer número, épica de estas publicaciones de pobre, a contracorriente de lo establecido; otras, en cambio, se sostuvieron en el tiempo, con más voluntad que medios, distribuyéndose en bares o ateneos o mayormente por correo o a través de simpatizantes. Todas eran conscientes, de un modo u otro, de su misión de continuidad histórica al lado del oprimido, y contribuyeron también, por consiguiente, de una manera notable, a rehabilitar una conciencia de clase frente a las élites, pero también a desarrollar una no menos notable desconfianza hacia el devenir mismo de la propia Transición y la burocratización de la

¹⁵ El más completo repertorio al respecto puede encontrarse en *De espaldas al kiosco. Guía histórica de fanzines y otros papeliños de alcantarilla*, de Babas y Turrón (1995), del que he extractado los textos de presentación de algunas de aquellas publicaciones. Vid. también la aproximación de VEP (2011).

política por los partidos, empecinadas, en fin, en “su negativa popular a regalarle la legitimidad democrática” (Labrador, 2014: 37)¹⁶.

Para no dejar dudas de esa desconfianza, pero también de lo vinculadas que se sentían estas publicaciones con el movimiento obrero y aún con la experiencia revolucionaria española pre-republicana, la revista marginal madrileña *Bazofia* presentaba en 1976 de forma ingenuamente visionaria su manifiesto “¡No estás solo!” de la siguiente manera:

Estamos relativamente cerca de ti.

Estamos desde siempre. Somos tan viejos como la Injusticia. Como la Opresión, la Tiranía y la Tortura. Y estaremos aquí hasta que todos esos males hayan desaparecido de la faz de la tierra. Estaremos aquí luchando contra ellos.

Hemos luchado junto a Espartaco y Viriato contra la Roma esclavista. Nos levantamos con las hermandades, las germanías y los comuneros contra los señores feudales. Expulsamos al rey de Francia de su Versalles [...] Hemos prendido la mecha de todas las revoluciones. Hemos combatido hasta la tortura y la muerte. Habíamos llegado a ser muy numerosos en este país y entregamos todas nuestras fuerzas a la clase popular y a su causa, pero fuimos traicionados por el ansia de poder de los partidos.

No somos un partido ni una doctrina ni una religión. Luchamos por las ansias eternas que llenan el corazón del hombre: por el respeto a su dignidad, a su libertad, por su derecho a vivir, a expresarse, a verse, a pensar y a SER DIFERENTE. No hacemos pactos con los partidos establecidos: cada vez que hemos hecho un pacto se nos ha traicionado; cada vez que hemos puesto un aliado en el poder su primera pretensión ha sido destruirnos. [...]

Creemos que sólo el trabajo creador es digno del hombre y hace digno al hombre. Nuestro trabajo creador ha producido máquinas ingeniosas que ya deberían habernos librado hace tiempo del trabajo embrutecedor, pero que la clase dominante, utilizándola sólo para su lucro, ha convertido en un instrumento todavía más alienador y amenaza con destruir el planeta con ellas. Creemos que se debe luchar contra todo esto y que esta lucha es lo único que puede dar sentido a nuestro neurótico vegetal por esta gran selva de cemento. [...]

Ya lo sabes, compañero, no estás solo. ¡AGUANTA! (Bazofia, 1976: s/p)

Un análisis crítico del proceso transicional que era aún más explícito en el *Manuscrito encontrado en Vitoria*, folleto editado en Barcelona en mayo de 1977 por Los Incontrolados¹⁷:

“El gran abrazo de toda la familia española”, como decía Franco, y “la reconciliación nacional”, como decía Carrillo, se juntan en su verdad común contrarrevolucionaria; y como tras tales abrazos suele haber Celestinas, una de ellas, Tierno Galván, bordará el sentido de la efusión: “el gobierno ha presentado un proyecto inteligente. Un pacto político con la oposición podría ayudar a disminuir las protestas sociales y económicas que se arriesgan a transformarse en revueltas contra la forma institucional del Estado” [...] En definitiva, el franquismo devenido plenamente democrático y la oposición plenamente franquista cerrarán con su democracia la puerta a la revolución. (Los Incontrolados, 2013: 40 y 65)

¹⁶ Labrador, Germán. “¿Lo llamaban democracia? La crítica estética a la política en la Transición española y el imaginario de la historia en el 15 M”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 4 (2014).

¹⁷ Los Incontrolados, que remitía a aquella parte del proletariado que se negó a someter a los partidos el control de la Revolución en la Guerra Civil, era el *non de plume* del anarquista valenciano Miquel Amorós y el ensayista y editor francés Jaime Semprún, hijo del futuro ministro socialista, los dos vinculados al situacionismo y al propio Guy Debord. El *Manuscrito* tiene reedición moderna en Pepitas de Calabaza (2013).

ENAMORADO DE LA MODA JUVENIL

Es interesante observar cómo el incremento de conflictividad social en los años sesenta y setenta se desarrolla en paralelo a este heterogéneo fenómeno editorial de oposición al régimen descrito en las páginas precedentes, que fue esencial para producir un discurso ideológico de corte contestatario desde enunciados obreros. No obstante, y aunque el profesor Rojas (2013) ha documentado de manera exhaustiva las dificultades que planteó la censura, sorprende que la mayor parte de estas editoriales siguieran funcionando, con mínimas modificaciones, hasta el final de los setenta, y que dejaran de hacerlo precisamente ya en la era democrática, al igual que ocurrió con las publicaciones políticas y los fanzines referenciados, pocos de los cuales superaron la frontera psicológica de 1982. Podría argüirse, en terminología que ha hecho fortuna, que había irrumpido el desencanto pero, haciendo un análisis más radicalmente histórico, podría sostenerse también que en realidad lo que sucedió es que habían desaparecido las condiciones objetivas que hicieron posible la edición contestataria, pero no porque las estructuras de subalternidad se hubieran modificado de manera sustancial sino porque los actores políticos encargados de representar a la izquierda en la Transición habían conseguido absorber el discurso proletario, instrumentalizándolo o disolviéndolo en el de las subculturas juveniles con las que fue mercantilizado, como muchos de los activistas de entonces supieron darse cuenta.

Uno de los más importantes impulsores de prensa marginal en nuestro país, Fernando Márquez, *El Zurdo*, en una entrevista de 1995 veía así la cuestión:

Ya en la última etapa de *MMMUA* entraron gente que simpatizaban con partidos de extrema izquierda. Entonces se perdió un poco la vena anarquista, y curiosamente la cosa empezó a ponerse cada vez más seria, pero no en el sentido de radicalización política sino de *stablishment*. Es curioso: al dejar de ser ácrata la mentalidad general, al entrar gente que simpatizaba con el Partido del Trabajo o con el Movimiento Comunista, empezaron a buscar que eso se convirtiese en algo rentable. [...] La extrema izquierda luego fue fagocitada, sobre todo por el PSOE. Cuando llega al poder, primero municipal con la llegada de Tierno en el 79, ya se empieza a preparar un poco la cama y vemos que gente que en aquella época estaba haciendo fanzines deben estar ahora de administrativos dentro del gran aparato del PSOE. (VEP, 2011: 114)

Un ejemplo paradigmático de esto fue el de la revista *Ajoblanco*, fundada en Barcelona por José Ribas en octubre de 1974, momento álgido de la lucha obrera autónoma. La revista, de vocación ácrata y periodicidad mensual, que publicaba artículos en las cuatro lenguas del Estado y llegó a vender 90.000 ejemplares de cada número (Beaumont, 31/10/1989) presentó en enero de 1977 un especial “¿la muerte de la contracultura?” donde se reflexionaba ya, además de sobre la “espectacularización” mediática de la izquierda parlamentaria, sobre la mercantilización del fenómeno contracultural en España y su asociación constante a realidades foráneas que lo simplificaban:

1977. La TV es el arma potens de la nueva democracia ¡¡¡Feliz Democracia: una gentileza de RTVE!!! En los próximos días esperamos un golpe maestro de la izquierda democrática parlamentaria (...) González y Carrillo se han sacado la careta [...] Inesperadamente Suárez es el mejor speaker del país. El programa es, el programa es... propaganda. Los partidos al poder. Viva la libertad. (Editorial: 5)

La contracultura no es más que un invento de snobs americanizantes [...], un stand en la sección de juguetería del supermercado cultural. (Fernando Savater: 22)

La contracultura no fracasó sino que fue destruida, como lo han sido hasta ahora los demás movimientos que amenazaban cambiar las relaciones de poder entre las clases sociales. (Luis Racionero: 23)

El tinglado, con sus peces pilotos, empezó a crecer, crecer... Hoy todo eso es una aportación, pero está dentro del sistema. Como una serpiente a la que los expertos manipuladores han arrebatado el veneno. (Toni Puig: 24)

La contracultura no ha muerto porque jamás existió como tal. El astuto capital se aprovechó del desconcierto que la denominación provocaba para darnos gato por liebre, mercancía por movimiento revolucionario. (Juanjo Fernández: 33)

Existe una enorme diferencia entre los países del norte de Europa y el nuestro, entre otras cosas existe (si podemos llamarlo de alguna manera) una cierta libertad burguesa, una menor diferenciación entre las clases sociales, lo cual conlleva a un mayor aburguesamiento de la clase obrera y, con ello, prácticamente una nula lucha proletaria. (Antonio Rodelas: 35)

Al mismo tiempo, la propia revista, que había sido hasta entonces todo un icono de la cultura a la contra, empezó a padecer, precisamente en vísperas de los Pactos de la Moncloa, continuas injerencias e intentos de instrumentalización por los partidos de izquierda democrática, en especial el Partido Comunista, que llegó a controlar el Consejo de Administración (Ribas, 2008: 719). La revista echó finalmente el cierre en mayo del 80, hundida en una extraña crisis de identidad que se aprecia ya en sus últimos números. En definitiva, *Ajoblanco*, que había logrado sobrevivir a la ley de prensa del franquismo, sucumbió ante la ley no escrita del consenso democrático¹⁸.

Algo similar le ocurrió a la pionera ZYX, que en los tres años previos a su cierre, también en 1980, había ya postergado su labor cultural y de formación de conciencia obrera para centrarse en “la promoción de partidos y sindicatos... asentados en la nueva democracia” (Araus y Sánchez, 2015: 275). Y sensaciones parecidas tenían los responsables de la revista *Bicicleta*, que acabó arrasada por “la burocracia, el cruce de intereses y ocultaciones, y las infiltraciones de todo tipo” (Arancibia, 27/02/2017). O Juanjo Fernández, fundador de *Star*, que afirmaba que la revista se había visto arrinconada por órganos de “la Movida Madrileña que ocupaban nuestro posible espacio” (Manrique, 07/03/2008) y que, al respecto de su colección de libros “Starbooks”, que fue la primera en nuestro país en editar ciencia-ficción psicodélica o narradores ‘beatniks’ norteamericanos, pudo decir que “funcionaba y siguió funcionando hasta que otros editores se pusieron a pescar en las mismas aguas y estas se hicieron potables” (Fernández, 2007: 27).

En otras palabras, quienes pretendían representar a la izquierda en el proceso final de la Transición habían adquirido conciencia política con la contracultura obrera del tardofranquismo —y hasta participado de ella en algún momento, como se ha señalado—, ahora se veían en la coyuntura de desactivarla para consolidar la nueva ideología dominante, o *pax romana* transicional,

¹⁸ La más completa crónica sobre la vertiginosa experiencia contracultural de *Ajoblanco* sigue siendo *Los 70 a destajo* del propio José Ribas, que admite además que aspirando a “una dirección novedosa opuesta a la de la marginación y a la de los alternativos pasados de revoluciones” (Ribas, 2008: 729) fue como nació el segundo *Ajoblanco* en 1987 confirmando, de hecho, el fin de la alternativa cultural obrera para presentarse sin más como una “profesionalizada buena revista cultural en el ámbito hispánico”. *Vid.* *Ajoblanco* (2019).

que era la del consenso¹⁹. Un programa de reconversión cultural previo al industrial que llegó allá donde no había podido la censura, y en el que todo lo realmente conflictivo, incómodo y crítico terminó antes o después aniquilado o convenientemente reciclado. El proceso fue complejo y tuvo varios cauces, que sólo menciono someramente en el ámbito editorial.

Por un lado, la instrumentalización partidista de las publicaciones ya existentes, como en las maniobras arriba denunciadas, o con el lanzamiento de colecciones que, utilizando metodologías de producción y distribución propias de las editoras de formación de conciencia obrera, y hasta su propio público potencial, se ponían al servicio de intereses electoralistas. Es el caso de la colección “Eurocomunismo” (1977) en Editorial Forma, que pretendía justificar solapadamente el abandono del leninismo por parte del PCE para aumentar su base electoral²⁰. O de la exitosa serie de folletos semanales “Biblioteca de divulgación política” (1976-1978) de la editorial La Gaya Ciencia que, como recordaba su fundadora Rosa Regás, se convirtió en una plataforma de promoción de la Ley para la Reforma Política en la que todo el que aspiraba a ejercer responsabilidades inmediatas en la nueva democracia quiso participar²¹. O incluso de la reaparición de *Leviatán* en 1979, convertida en instrumento de propaganda de un PSOE en permanente campaña electoral²².

En segundo lugar, se produjo también lo que pudiéramos llamar una re-semantización y des-localización del fenómeno contracultural de la que ya se advertía en el mencionado número de *Ajoblanco*, y en la que, de forma directa o indirecta, participaron la mayor parte de los que ejercieron la gestión cultural en la etapa democrática. No de otra manera puede interpretarse que un editor tan combativo como Jorge Herralde, que había inaugurado Anagrama en 1969 con la serie “Documentos”, llena de textos polémicos, alguno de los cuales le supusieron expedientes y detenciones, lance en 1977 “Contraseñas”, su “colección más libertaria y rompedora” (Vila-Sanjuán, 2003: 67) —compuesta sobre todo por desbocados narradores lisérgicos norteamericanos (Bukowski, Terry Southern, Hunter S. Thompson...) y autores españoles de humorismo irreverente (Quim Monzó, Moncho Alpuente, Pedro Almodóvar)—, que ayudó a

¹⁹ Para la desnaturalización ideológica de la izquierda con aspiraciones parlamentarias y su reconversión a la nueva ideología tecnocrática remito al ya citado Andrade (2012), y a las propias declaraciones de sus protagonistas, como Alonso Puerta, secretario general del PSOE madrileño en 1977, que reconoció el tránsito del partido de una “radicalidad absolutamente artificial” al pacto de un programa económico de desmantelamiento industrial con objeto de “llegar al poder a costa casi de perder la identidad socialista” (Berástegui y Rodríguez-Pina, 16/10/2014).

²⁰ “Eurocomunismo” se frustró pronto y, que sepamos, sólo llegaron a aparecer *Escritos sobre eurocomunismo* de Santiago Carrillo en 2 tomos, *Los comunistas y la crisis de la Universidad* de José L. Malo, *La transformación democrática de la agricultura* de Salvador Madrid, *El capitalismo en España* de Juan Gómez y *La alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura* de Armando López Salinas.

²¹ La colección salía los viernes, al precio de 75 ptas., en tomitos de bolsillo de 16x11 con menos de 80 páginas, llamativas portadas diseñadas por Enric Satué y tiradas medias de hasta 100.000 ejemplares. Entre sus más de 40 títulos destacan *Qué son las comisiones obreras* de Nicolás Sartorius, *Qué es el socialismo* de Felipe González, *Qué son las izquierdas* de Enrique Tierno Galván, *Cuáles son los partidos políticos de Catalunya* de Josep María Castellet y Lluís María Bonet, *Qué son los socialdemócratas* de Jesús Prados, *Qué es el liberalismo* de Joaquín Garrigues Walker, *Qué son las derechas* de Ricardo de la Cierva, *Qué es la Reforma Política* de Josep Meliá o *Qué es la planificación integral* de Ramón Tamames. Para *Qué es el anarquismo* se recurrió, en cambio, a la vieja militante ya retirada Federica Montseny, y para *Qué es el comunismo* al eurocomunista Simón Sánchez Montero, que pronto fue diputado. Fraga Iribarne, Adolfo Suárez, Carrillo y hasta Monseñor Tarancón tuvieron también contactos con la editorial para participar en la colección. *Vid.* Vila-Sanjuán (2003: 46-50) y Simó (2015).

²² La segunda época del viejo mensual socialista, fundado en 1934, propició incluso una invectiva de Fernando Savater sobre la peligrosa tentación de los partidos políticos de manipular la cultura (*El País*, 04/06/1981).

identificar la contracultura con el modelo globalizado de Roszak, sustentado más en la búsqueda de la transformación de la subjetividad individual y en un cierto nihilismo irracionalista, que en el activismo político o el debate ideológico, que habían sido hasta entonces, como hemos visto, parte esencial de la contracultura en nuestro país. Identificación que en gran parte potenciaba la “hegemonía modernizante de las clases medias” (Rodríguez, 2015: 362) con la que España quería presentarse al mundo, marginando al sujeto obrero, de difícil encaje ahora en el contexto de las tecnocráticas democracias occidentales entre las que nuestro país pretendía insertarse. Se creaba así una contracultura acotada, de clase media-alta, una contracultura bien, si queremos, en la que lo revolucionario devenía en inocuo gesto estético y la desafección en algo menos ideológico que formal. A ello contribuyó notablemente el fuerte impulso de la televisión, que participó en la construcción de un discurso juvenil que hacía mediática la incorrección estética y la extravagancia, y marginal y hasta feísta la lucha obrera. Y desde luego también, y en gran medida, la aparición de nuevas cabeceras de prensa, como *Diario 16* o *El País* (1976), concebidas como deliberadas encarnaciones del cambio, que ayudaron a difundir esa lectura juvenil y formalista de la contracultura a la vez que ponían en circulación lenguajes políticos penalizadores tanto del franquismo como del antifranquismo, denunciado ahora como antigualla, y cuya influencia en el espacio público fue en detrimento de los espacios de socialización popular que defendían una democracia distinta de la que finalmente se construyó (Andrade, 2012: 321-335).

José Ribas opinaba así de la reformulación del término en sus memorias:

Santi [Soler, colaborador de *Ajoblanco*] me decía un día sí y otro también que “la contracultura es un producto de importación —cosas de rico— para que una serie de señores trabajen de lunes a viernes en una oficina con moqueta y pongan cara de hippy durante el *week-end* en su bucólica casita de campo con parquet y muebles de mimbre”. [...] Era cierto que el término contracultura era poco preciso para denominar aquella furia. Provenía de una mala traducción del libro de Theodor Roszak *The making of a counter cultura* (sic), y muchas de aquellas prácticas —las terapias alternativas, el rock, las drogas— se habían adaptado al mercado, transformándose en negocio tras escamotear su lado más social y combativo. Santi cuestionaba de raíz dicho fenómeno por no afrontar la lucha de clases. (Ribas, 2008: 560)

Al proceso de desideologización de la contracultura española contribuyó también la aparición de publicaciones como *El Víbora* (1979), que profesionalizó el cómic marginal para llevarlo enseguida a la mera “gratificación libidinal de una mirada adolescente”, como reconocía uno de sus colaboradores (Costa, 2018: 63), o la deriva de los *fanzines* hacia la especialización musical y el abandono de la vena política y contestataria, entrando en un cierto autismo estético que en realidad estaba “negando la auténtica realidad e intereses de la calle”, pues “el fanzine que se hace en los 80 ya no es un fanzine de combate” (VEP, 2011: 114). Bien representativo de ello es que algunas de estas publicaciones teóricamente al margen llegaran a estar incluso subvencionadas por ministerios o concejalías de cultura (Babas y Turrón, 1995: 81, 83 y 87).

Restaría mencionar, finalmente, la rápida desaparición de colecciones de ensayo que se va a producir a finales de los setenta en favor de la infinidad de colecciones “literarias” y series de

“nueva narrativa” que van a acabar copando el mercado con su promesa de reflejar la nueva imagen del país, convirtiendo súbitamente el libro político en algo *demodé*²³.

Con respecto al repentino eclipse de las propuestas editoriales contestatarias, los editores que continuaron ejerciendo han arriesgado al respecto diversas interpretaciones, que van desde la pérdida de interés comercial que aduce Beatriz de Moura, editora de Tusquets:

Yo había militado en el movimiento anarquista [...], pero me di de baja porque resultaba aburrido, además ya era una pequeña empresaria y a medida que se acercaba la muerte de Franco vimos que la salida no iba por ahí. (Vila-Sanjuán, 2003: 53)

Hasta la apelación a la raíz misma del “desencanto” de Jorge Herralde:

en las primeras elecciones democráticas ya se vio que el país iba por otros derroteros y los lectores radicales se dieron cuenta de que lo que habían soñado era un país donde ganaba Suárez. Rutas posibles: dedicarse al caballo (la heroína), o irse a la India. O hacer política legal considerando que su etapa de aprendizaje ya había concluido. (Vila-Sanjuán, 2003: 55)

Lo que suponía, como mínimo, escamotear parte del verdadero problema, que el propio Herralde, en otra ocasión, deja traslucir al afirmar que

la gente que quería hacer carrera política consideraba que sus stocks de lecturas ya les eran suficientes [...] y fueron derivando hacia lo que derivaron muchos de ellos, lo que afectó a muchas editoriales y revistas que habían tenido un papel importante en todo el trayecto a la democracia. (VVAA, 2006: 218-220)

De lo que se deduce que el arrinconamiento y el olvido que padecieron estas experiencias editoriales no fue una consecuencia del “desencanto” sino tal vez una de sus causas. Ellas no habían podido crear la demanda de lectores como tampoco podían eliminarla ahora. Lo que sí pudo hacerlo fue la subvención sistemática de las políticas del entretenimiento, la promoción estatal de la cultura como una suerte de marketing electoral (Quaggio, 2014: 283) o, como se ha señalado, la confección de nuevos códigos éticos en los que la militancia y el compromiso político al margen de la burocratización partidista se habían quedado definitivamente sin espacio.

CONCLUSIONES

La construcción, durante el proceso transicional, de una cultura de la democracia que educara a la ciudadanía en el respeto a las instituciones del Estado, y a la vez contrajera los espacios de socialización de la izquierda contrarios al modelo de Estado neoliberal que se estaba implantando, tuvo en el terreno editorial un excepcional campo de experimentación.

Fundamentales para quebrar el “ciclo histórico” del régimen en el campo de la producción cultural, contribuyendo a crear una conciencia de clase subalterna que dotara de subjetividad obrera a las luchas del tardofranquismo, las experiencias editoriales contestatarias podían ahora, en cambio, poner en riesgo la consolidación del nuevo discurso hegemónico desproblematizado que emergió de la Transición, en el que la diversidad ideológica se había vuelto conflictiva. De ahí

²³ La historia está contada en su logística por Vila-Sanjuán (2003: 141 y ss.). Para la existencia, como contraparte, de una nueva generación perdida o “silenciada” de narradores “sociales”, *vid.* Becerra (2017).

que se las sometiera, desde los medios de comunicación y las empresas editoras afines al nuevo modelo, a un proceso de instrumentalización primero y despersonalización después. Así, mediante la utilización de las mismas estrategias de producción y difusión editorial y la cooptación incluso de algunos de sus impulsores, se fue promoviendo una interesada burocratización de la política, apta sólo para profesionales, que fue alejando a las masas obreras de las formas de participación social hábiles durante los sesenta y primeros setenta. Asimismo, y paralelamente, se reprodujo un fenómeno contracultural simplificado, reducido a la simple expresión de subculturas juveniles tan frágiles como inmersas en un entorno mercantilista de consumo masivo de bienes culturales.

El espeso olvido que ha acabado cayendo sobre el movimiento editorial contestatario forma parte sin duda de la mítica de la Transición, y los cuarenta años transcurridos no han hecho más visibles sus perfiles ni han hecho justicia a su importancia como elemento desestabilizador del régimen franquista y como voz crítica ante las servidumbres e hipotecas que podía estar contrayendo en España la cultura de la democracia.

BIBLIOGRAFÍA

- AJOBLANCO (2019). “[Histórico: Ajoblanco 1974-2017](#)”.
- ANDRADE BLANCO, Juan Antonio (2012). *El PCE y el PSOE en (la) transición*. Madrid: Siglo XXI.
- ARANCIBIA, Mercedes. “[BICICLETA, revista de comunicaciones libertarias](#)”. *Periodistas en español.com* (27/02/2017).
- ARAUS, M^a del Mar y SÁNCHEZ, Ana. “Editorial ZYX S.A. Editorial obrera contra el franquismo”, *Social and Education History* 4, 3 (2015): 260-286.
- BABAS, Kike y TURRÓN, Kike (1995). *De espaldas al kiosco. Guía histórica de fanzines y otros papelujos de alcantarilla*. Madrid: El Europeo & La Tripulación.
- BAZOFIA. “Manifiesto ¡No estás solo!”. *Bazofia* 5 (1976): s/p.
- BEAUMONT, José F. “[Ajoblanco cumple 15 años](#)”. *El País* (31/10/1989).
- BECERRA MAYOR, David (2017). *El realismo social en España: historia de un olvido*. Roma: Quodlibet.
- BERÁSTEGUI, Jorge y RODRÍGUEZ-PINA, Gloria. “[Cuando el PSOE era marxista: 40 años del Congreso de Suresnes](#)”. *Huffinton Post* (16/10/2014).
- BOURDIEU, Pierre ([1979]1998). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- CASADO GIL, Reyes (2018). *La Transición en rojo y negro*. Madrid: Fundación Salvador Seguí.
- CISQUELLA, Georgina (2002). *La represión cultural en el franquismo*. Barcelona: Anagrama.
- COLECTIVO DE ESTUDIOS POR LA AUTONOMÍA OBRERA (1977). *Luchas autónomas en la transición democrática*. Bilbao: Zero.
- COMUNA ANTINACIONALISTA ZAMORANA ([1977] 2016). *Comunicado urgente contra el despilfarro*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- COSTA, Jordi (2008). *Cómo acabar con la contracultura*. Barcelona: Taurus.
- EL PAÍS. “[Renace Leviatán \(revista de hechos e ideas\)](#)”. *El País* (04/06/1981).
- ESPAI EN BLANC (coord.) (2008). *Luchas autónomas en los años setenta*. Madrid: Traficantes de sueños.
- FERNÁNDEZ, Juan José (2007). *Star. La contracultura de los 70*. Barcelona: Glénat.
- FONTANA, Josep (1982). *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona: Crítica.
- FUMAROLI, Marc ([1991] 2007). *El Estado cultural*. Barcelona: Acantilado.
- GÓMEZ DEL CASTILLO, Julián. “Editorial ZYX”. *Autogestión* 13 (1996): 28.
- GONZÁLEZ GÓMEZ, Sofía. “[Los primeros títulos de Anagrama y Tusquets. Ensayo político, censura y cambio de rumbo](#)”. *Artes del Ensayo* 3 (2019): 173-190.
- GRAMSCI, Antonio ([1948] 1971). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- GRAMSCI, Antonio ([1967] 1973). *Cultura y literatura*. Barcelona: Península.

- GUHA, Ranahit (2002). *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Crítica.
- HERRERA, Bernal. “Cultura y contracultura: observaciones periféricas”. *Realidad* 108 (2006): 273-283.
- LABRADOR, Germán (2017). *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*. Madrid: Akal.
- LOS INCONTROLADOS ([1977] 2013). *Manuscrito encontrado en Vitoria*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- MANRIQUE, Diego A. “Un milagro llamado *Star*”. *El País* (07/03/2018).
- MARCUSE, Herbert ([1954] 1993). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Planeta-De Agostini.
- MARTÍN, Dolors y RAMÍREZ, Agnes (2004). *Editorial Nova Terra 1958-1978. Un referent*. Barcelona: Mediterrània.
- MARTÍNEZ, Guillem (coord.) (2012). *CT o la Cultura de la Transición*. Barcelona: Debolsillo.
- MENGUAL, Josep. “Cuadernos para el diálogo”. *Negritas y cursivas* (06/10/2017).
- MENGUAL, Josep. “Un episodio de censura española: Comín en prisión”. *Negritas y cursivas* (20/04/2018).
- MENGUAL, Josep. “La Biblioteca silenciada de la editorial Ayuso”. *Negritas y cursivas* (01/02/2019).
- MIR GARCÍA, Jordi. “Salir de los márgenes sin cambiar de ideas. Pensamiento radical, contracultural y libertario en la transición española”. *Ayer* 81 (2011): 83-108.
- MORÁN, Gregorio (1992). *El precio de la Transición*. Barcelona: Planeta.
- MUÑOZ SORO, Javier (2006). *Cuadernos para el diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*. Madrid: Marcial Pons.
- OLIVA, Ángel. “Antonio Gramsci y el método historiográfico”. *Laberinto* 31 (2010): 9-15.
- ORTEGA DOLZ, Patricia. “Cerrojazo a una librería histórica”. *El País* (15/03/2007).
- PASAMAR, Gonzalo (2014). “La memoria de la guerra civil durante la Transición: la aportación de los editores y las colecciones editoriales”. Zubeldía, Carlos Navajas e Iturriaga Barco, Diego (eds). *España en democracia (Actas del IV Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo)*. Logroño: Universidad de La Rioja: 223-233.
- PEREDA, Rosa María. “La Banda de Moebius, una editorial pobre y distinta”. *El País* (18/12/1976).
- QUAGGIO, Giulia (2014). *La cultura en transición. Reconciliación y política cultural en España 1976-1986*. Madrid: Alianza.
- RIBAS, José ([2007] 2008). *Los 70 a destajo. Ajoblanco y libertad*. Barcelona: RBA.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Emmanuel (2015). *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del '78*. Madrid: Traficantes de sueños.

- ROJAS CLAROS, Francisco. “Una editorial para los nuevos tiempos: Ciencia Nueva (1965-1970)”. *Historia del Presente* 5 (2005): 103-120.
- ROJAS CLAROS, Francisco (2013). *Dirigismo cultural y disidencia editorial en España*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- ROJAS CLAROS, Francisco. “La difusión del marxismo durante el franquismo: el caso de *Artiach Editorial* (1969-1974)”. *Revista Historia Autónoma* 9 (2016): 147-170.
- ROSZAK, Theodore ([1968] 1981). *El nacimiento de una contracultura*. Barcelona: Kairós.
- SCOTT, James C. ([1990] 2003). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Tafalla: Txalaparta.
- SIMÓ COMAS, Marta. “Conciencia democrática e industria editorial en los primeros años de la Transición española: la Biblioteca de divulgación política”. *Amnis* 14 (2015).
- TUÑÓN DE LARA, Manuel (coord.) ([1980] 1988). *Historia de España, tomo 10: España bajo la dictadura franquista (1939-1975)*. Madrid: Labor.
- TUSELL, Javier (1997). “Transición: lo importante sucedió antes”. VVAA. *La fuerza del diálogo: homenaje a Joaquín Ruiz-Giménez*. Madrid: Alianza: 203-208.
- TUSELL, Javier (2007). *Historia de España en el siglo XX, tomo III: La España de Franco*. Madrid: Taurus.
- VARELA, Julia. “*María Fuentetaja, editora libertaria*”. *El País* (15/11/2007).
- VEP. “Las revistas del Rrollo”. *Vacaciones en Polonia* 6. Utopías Literarias (2011): 82-112.
- VILA-SANJUÁN, Sergio (2003). *Pasando página. Autores y editores en la España democrática*. Barcelona: Destino.
- VVAA. *Ajoblanco* 8. Dossier especial *¿La muerte de la contracultura?* (01/1977).
- VVAA (2006). *Conversaciones con editores. En primera persona*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- WILHELMI, Gonzalo (2012). *El movimiento libertario en la transición. Madrid 1975-1982*. Madrid: Fundación Salvador Seguí.